

El nuevo “panóptico” multidireccional: normalización consumista y espectáculo

Rafael Vidal Jiménez
Universidad de Sevilla

Resumen. Más allá de la teoría política clásica, centrada en la figura del Estado como núcleo principal de atención, la posmodernidad ha venido enfocando el problema del poder desde una óptica más microfísica y relacional. Se trata de una visión disciplinaria que tiene que ver con dispositivos cada vez más abiertos de control, los cuales permean todos los ámbitos complementarios de la vida social. Se trata de mecanismos menos coercitivos que configuradores del comportamiento selectivo en los distintos ámbitos de la vida social dotada de sentido. Así, las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación se convierten en complejos y poderosos aparatos de vigilancia panóptica, en flujos muy flexibles y multidireccionales de determinación del comportamiento selectivo. Bien contrastado con las viejas visiones centralizadas del “Gran Hermano” orweliano, este nuevo multipanoptismo opera a un doble nivel: primero, material, el de la propia vigilancia —hecha cotidiana— de la acción social; y segundo, el de la construcción simbólica de las pautas dominantes de unas segmentadoras actitudes consumistas, emergentes en el plano hiperreal e iconocrático de un nuevo sujeto esquizoide, realizado en el banal espectáculo.

Palabras clave: poder; panóptico; vigilancia; consumismo; espectáculo

Abstract. Beyond classical political theory, centered on the figure of the state as core care, postmodernism has been focusing on the problem of power from a more microphysics and relational. It is a disciplinary vision that has to do with increasingly open devices control. These complementary permeate every aspect of social life. It is less coercive mechanisms of selective behavior shapers in the various areas of social life endowed with meaning. Thus, new information technologies and communication become complex and powerful panoptic surveillance equipment in very flexible and multidirectional flows of determining the selective behavior. Well contrasted with the old centralized visions of “Big Brother” Orwellian, this new multipanoptism operates on two levels. First, material, supervision of self-made daily-social action. And second, the symbolic construction of a dominant patterns segmentary consumer attitudes, emerging hyper plane and iconocratic of a new subject schizoid, held at the banal spectacle.

Keywords: power, panopticon, surveillance, consumerism, spectacle.

Rafael Vidal Jiménez (1984baraka@gmail.com)

Español. Doctor por la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, y licenciado en historia por la Universidad de Granada. Adscrito al grupo de Investigación en Teoría y Tecnología de la Universidad. Departamento de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Literatura. Facultad de Comunicación, Sevilla. Sus áreas de investigación son: estudios sociales y culturales; teoría de la comunicación; epistemología de las ciencias sociales; sociología de los medios de comunicación y de la cultura, y teoría política posestructural. Entre sus publicaciones más recientes se citan: *Historia, tiempo y cultura. Hacia una tipología histórica de la temporalidad*, Saarbrücken (Alemania), Editorial Académica Española, 2013; y “Hacia una complementariedad científico-mitológica”, *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, núm. 22, 2013, pp. 713-734.

La nueva vigilancia descentralizada

Situados en la encrucijada entre las tendencias normalizadoras, de una parte, y transgresoras, de otra, configuradoras de las nuevas relaciones de poder en nuestro mundo global, es preciso valorar las posibilidades que pueden corresponder a una y otra en el contexto de la nueva sociedad informacional. El objetivo principal será, pues, la determinación de la estructura fundamental de los recursos de motivación que garantizan la retroalimentación negativa del sistema mediante el reaprovechamiento normalizador de la desviación. Y es que, en ese sentido, el poder, el orden, procede de una redirección autorreproductora de las líneas de fuga que constituyen todo sistema social. Veamos, en ese sentido, el papel que juega lo que caracterizaré como un nuevo panóptico consumista y consensual, apoyado en el desarrollo informacional de las nuevas tecnologías.

La diseminación relacional del poder responde hoy día, sobre todo, al papel jugado por los nuevos sistemas de vigilancia desde su capacidad de generación mediática de los condicionantes de esa autogeneración de un sistema social idéntico a sí mismo, allí donde las ideas de futuro y de cambio ya no tienen cabida.

Para Reg Whitaker (1999), las nuevas formas de control derivadas del desarrollo de los nuevos sistemas de vigilancia electrónica representan un perfeccionamiento y una mutación histórica del dispositivo panóptico de Bentham. Recuérdese que éste es evocado por Foucault como aproximación alegórica a su enfoque disciplinario —no directamente coactivo— del ejercicio del poder (Foucault, 1992). Este dispositivo panóptico centralizado y productivo, supuestamente basado en la sustitución de la coerción por el consenso, implica, en realidad, una coacción de fondo, una amenaza directamente intimidatoria de exclusión y castigo. Whitaker propone, en cambio, el punto de vista de un gran dispositivo panóptico descentralizado, participatorio, multidireccional, consensual y consumista (Whitaker, 1999).

Hoy, el Estado ha dejado de ser un “‘monstruo frío’, una especie de gran sujeto que movería los hilos no sólo de la acción pública, sino también de las formas de adhesión subjetivas que la hacen eficaz. En un sistema de vigilancia generalizada, la relación entre el Estado y los sujetos deja de ser una simple relación de obediencia para convertirse en una *complicidad* secreta fundada en torno a la demanda de seguridad” (Foessel, 2011:43).

La verdadera capacidad organizadora y objetivadora de la subjetividad radica aquí en la espontánea sumisión del individuo mediante la configuración de sus deseos e intereses de acuerdo con los valores consumistas del mercado global.¹ Una vez superadas las

¹ Ya la teoría crítica de la racionalidad técnica moderna elaborada por la Escuela de Frankfurt se ocupó —siguiendo sus propios presupuestos teóricos marxista-psicoanalíticos— de los efectos alienadores de la cultura del consumo masivo. Por ejemplo, Herbert Marcuse explicó la incondicional adhesión del individuo al

fases, primero, del bloqueo directo, y, segundo, de la disciplina, del consenso bajo coacción latente, nos adentramos en un nuevo modelo donde el auténtico y libre consenso radica en los beneficios directos, reales y tangibles del consumo discriminado. En este nuevo panóptico, el castigo se corresponde con la exclusión de las ventajas de un sistema que garantiza la satisfacción de las necesidades artificialmente creadas por él mismo: “los consumidores son disciplinados *por el mismo consumo* para obedecer las reglas, y aprenden a ser ‘buenos’ no porque sea moralmente preferible a ser ‘malos’, sino porque no existe ninguna opción concebible, más allá de la exclusión” (Whitaker, 1999:175).

En similar línea de análisis se situó David Lyon al encarar su “ojo electrónico” desde el prisma de un nuevo panóptico posbenthamiano y posfoucaultiano, y, en consecuencia, menos orwelliano que huxleysiano, y menos coercitivo y más seductor.²

Coherente con una lógica no estructural, sino sistémico-comunicacional de la sociedad como gran estructura recursivo-holográfica, base epistemológica de este trabajo, Lyon describe este nuevo panóptico como paradigma de esa complejísima red disciplinaria asociada a nuevas formas de categorización y clasificación de los sujetos. Sin perder de vista el papel del consumismo en la consolidación del orden social establecido, Lyon no sitúa, pues, la capacidad reguladora de ese nuevo panóptico participatorio en la “imposición de la norma”, es decir, en un “esto harás” o en un “esto no harás”. Por el contrario, se trata de los nuevos mecanismos que la vigilancia pone en marcha para la canalización productora y autocoaccionadora de la conducta social programada, dentro de una estructura en la que se siguen realizando elecciones reales: las habilidades sociales y la capacidad económica son las que autorizan a la mayoría seducida a consumir. De hecho, es necesario abordar el tema de la seguridad vigilada no tanto como un derecho, sino más acertadamente como un bien. Se hace de ella el horizonte de lo deseable frente a lo exigible (Foessel, 2011).

Estado capitalista a través de la capacidad de éste para generar aquellas necesidades secundarias —pero percibidas psicológicamente como vitales— cuya satisfacción sólo es garantizada por la pertenencia al orden social que constituye la llamada “sociedad opulenta”: la “sociedad carnívora” (Marcuse, 1969).

² Hay, ciertamente, un gran contraste entre 1984 (1949), de George Orwell, y *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley (1932), a la hora de concebir como utopía negativa una futura sociedad de control. El ataque que este último efectúa contra la civilización tecnocrática movida por el desarrollo científico en terreno como el de la genética, adopta nos dibuja un panorama social coactivo más sutil que el de la violencia más explícita ejercida en la pesadilla orwelliana. Así, Huxley nos habla de una mayor eficacia moralizadora y socializadora mediante el acondicionamiento de la estructura del pensamiento individual a través de la palabra, aunque éstas carezcan de razón. Para ello alude a la “hipnlopedia”, técnica de sugerión que, en boca del director del “Centro de Incubación y Acondicionamiento de la Central de Londres”, dirigiéndose a sus alumnos acostados en un dormitorio de ochenta camas, se resume en lo siguiente: “hasta que al fin la mente del niño sea esas sugerencias, y la suma de esas sugerencias, sea la mente del niño. Mas no sólo la mente del niño, sino también la del adulto, y para toda su vida. La mente que juzga, y desea, y decide integrada por esas sugerencias. ¡Pero he aquí que todas esas sugerencias son *nuestras* sugerencias! — El Director casi gritó de orgullo. — ¡Sugerencias del Estado! — golpeó sobre la mesa más próxima, — y por consiguiente...” (Huxley, 1985:35).

En los métodos neopanópticos subyacen técnicas de vigilancia utilizadas para seducir, para persuadir, para “hacer hacer”. Por ello, quiero subrayar que, más allá de las matizaciones que se han de hacer aquí, lo disciplinario siempre será pertinente en la medida en que el poder, el poder-hacer, implica una interiorización de la norma en un yo ficticio en cuyas propias voces resuenan voces “ajenas”. Sin embargo, en la práctica, y de manera paradójica, la minoría, la de los nuevos pobres o la subclase, es sujeta a estrechas regulaciones normativas, en las que las capacidades excluyentes del panoptismo de nuevo cuño rigen por sí mismas. La gubernamentalidad neoliberal se basa, en ese sentido, en los parámetros del “riesgo” fundadores de “los regímenes de seguridad que intentan transformar a cada uno de nosotros en un practicante de la prevención del crimen y, en algunos casos, de transformar nuestras casas e incluso nuestras comunidades en fortalezas de alta tecnología” (Voruz, 2011:93), lo cual es compatible con la forma de percibir la vida por parte de la mayoría como placer, y no —como la describen los teóricos del “panóptico social”— como una condena carcelaria (Lyon, 1995).

En ese sentido, lo esencial es la totalización con la que se realiza lo que, yendo más lejos de la mera disciplina aplicada sobre los cuerpos, Armand Mattelart (en diálogo con Foucault) define como una “sociedad de seguridad”, la cual se vuelca hacia el conjunto de la sociedad, hacia la vida de los hombres (frente al poder sobre la muerte propio de las prerrogativas de los soberanos preliberales). Pero, en realidad, se trata de una articulación y complementariedad entre “seguridad” y “disciplina”: “cada una a su manera fomenta la producción de un nuevo conocimiento de los individuos como objetivos de una anatomía y una economía de las formas de poder” (Mattelart, 2009:20). La disciplina, centrípeta, genera “biotipos”, establece distinciones clasificadorias de la especie del criminal o el delincuente. La “sociedad de seguridad”, por otra parte, de manera centrífuga, abre el horizonte físico y mental en una comunicación fluida y transparente, la cual nos da conocimiento sobre la reorganización del cuerpo social.

No es mi objetivo principal un análisis exhaustivo de la aplicación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación al desarrollo de las redes específicas de vigilancia. Quede claro que cuando aludo a la idea de vigilancia multipanóptica, me estoy refiriendo a un conjunto muy heterogéneo de valores morales, discursos, instituciones, decisiones administrativas, propuestas científicas, antropológicas, filosóficas, etcétera; y, del mismo modo, a técnicas concretas de visualización de una vida deseada en sus actos cotidianos. Para ello, las citadas obras de Whitaker, Lyon y Mattelart pueden constituir un buena fundamento comprensivo y descriptivo.

Para terminar de introducir mi planteamiento de base, tan sólo quiero añadir una reflexión de base y, seguidamente, apuntar una breve serie histórica sobre la evolución del fenómeno panóptico. A mi parecer, la identificación de los ciudadanos con lo que presienten como legítimos gobernantes, la creencia firme en la capacidad real de los

mismos como valedores de la voluntad general, las fascinaciones que provocan las puestas en escena de las encarnaciones *espectaculares* de ese poder invisible en la figura de los grandes líderes, cumple una función fundamental al ser reutilizada desde los nuevos parámetros del control social del multipanóptico universal: la descentralización multidireccional, a la vez que asimétrica, de los procesos de vigilancia entre la nueva pléyade de infinitos pequeños “*big brothers*” —unos más pequeños que otros, claros está—, partícipes imprescindibles de este dinamismo reticular. Así, “el espacio mediático es el gran escenario en que se sitúan todas las escenas de la vida colectiva; las compone y las refleja. Ha acabado resultando un lugar común el encontrar la razón de ello en el dominio que lo audiovisual ejerce sobre las sociedades de la modernidad conquistadora. El mundo ha devenido una suerte de panóptico, en que todo tiende a ser visto y todos a convertirnos en mirones” (Balandier, 1994:157).

Primer jalón en la historia de la vigilancia disciplinaria, la modernidad se perfecciona a través del *panóptico centralizado* del “Gran Hermano”: el Ojo que todo lo ve sin ser visto, provocando el autocontrol del sujeto observado en la incertidumbre de cuándo es y cuándo no es vigilado. Segundo hito: el posmoderno *panoptismo multilateral electrónico*: los miles y miles de ojos que ven sabiendo que pueden estar simultáneamente siendo vistos: disciplinas compartidas, descentralizadas, abiertas, reticulares, retroalimentadas, fortaleciéndose unas a otras, en la búsqueda de simuladas gratificaciones consensuadas a este lado del ficticio paraíso consumista.

Pero podemos todavía anunciar un tercer paso, como consecuencia inmediata de lo anterior: el *sinóptico*: la alienante ilusión que las minorías más poderosas conceden en el “dejarse ver para seducir”, para absorber las últimas energías cognitivas en un mundo en el que los objetos hiperreales —aquellos que simulan ser lo que no son en la disolución de las fronteras entre lo verdadero y lo falso—, construidos vía medios, son los que de manera autónoma en verdad nos miran con *vida propia*, y no nosotros a ellos, plenamente desorientados en nuestro apático abotargamiento y empacho hiperperceptivo. El sinóptico corresponde al deseo, al placer inmediato del consumismo “disciplinante”.

Los “ojos electrónicos”

En lo que respecta a la dimensión específicamente tecnológica, quiero detenerme en ejemplos muy significativos de la implantación a escala planetaria de sistemas cada vez más sofisticados de control de las comunicaciones. Podríamos hablar del “paradigma de la seguridad tecnológica” (Mattelart, 2009). No se olvide, en tal caso, la rabiosa actualidad de procesos como el protagonizado por el consultor tecnológico Edward Snowden, denunciador del programa Prism, dirigido por la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (NSA, por sus siglas en inglés [National Security Agency]).

Pero esto no es nuevo. Quizá sí para los “espectadores” no avisados, es decir, para el común de las masas subyugadas bajo el simulacro postsocial. Pero detrás de ello hay una larga historia que aquí no puedo desarrollar. No dejemos de un lado el llamado programa Echelon, cuya existencia ha sido confirmada incluso por una comisión del parlamento europeo.³ Esta red de espionaje electrónico internacional, construida con la colaboración anglosajona de Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y dirigida desde el gran centro de vigilancia mundial de la mencionada NSA, fue destapada por primera vez en 1988 por el periodista Duncan Campbell (2001), quien en sus informaciones aludió a un sofisticado sistema de interceptación de conversaciones telefónicas, faxes, correos electrónicos, señales de radio —incluyendo en estas últimas la onda corta y frecuencias de líneas aéreas y marítimas—, etcétera, que hoy día se muestra capaz de interferir más de dos millones de conversaciones por minuto.⁴

Por otra parte, Juan Ignacio García Mostazo ha emprendido una labor investigadora similar en su libro *Libertad vigilada: el espionaje de las comunicaciones*. A partir de un análisis histórico del desarrollo de los sistemas de vigilancia desarrollados a lo largo de la guerra fría, el autor también incide de forma especial en la importancia y consecuencias de la red Echelon. Asimismo, hace hincapié en un aspecto que me parece primordial: el papel que los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 siguen jugando en la justificación de la progresiva abolición de la privacidad que representan estos avances electrónicos (García Mostazo, 2002).

Por último, para incidir más en el poder omnímodo no por todos conocido de la NSA, valga la información que al respecto aportan Salinger y Laurent (1991) en su estudio de los “extraños” movimientos diplomáticos entre Estados Unidos, Irak y otros países de la región que antecedieron, desde comienzos de 1990, a la invasión iraquí de Kuwait (2 de agosto de 1990), la cual justificó una intervención militar a inicios de 1991, liderada por Estados Unidos. Dicho sea de paso, estudios como éste revelan que fue algo absolutamente evitable, si no hubiese sido por los intereses que había en juego.

Pero esto ya es otra historia. Sin apartarme del tema que me ocupa, tan sólo reseñar que la lectura de este trabajo de investigación periodística sugiere ciertos mecanismos de interacción diplomática Estados Unidos-Irak que indujeron, desde la “pasividad” interesada de los estadounidenses, la propia invasión iraquí de Kuwait.

³ La intervención dando cuenta de la existencia real de este programa por parte del socialista alemán Gerhard Schmid, está recogida en una noticia firmada por Juan Carlos González el jueves 8 de marzo de 2001 en navegante.com, espacio informativo perteneciente a elmundo.es; disponible en la página web: www.el-mundo.es/navegante/2001/03/08/seguridad/984041457.html.

⁴ En el número 72 (octubre de 2001) de la edición española de *Le Monde diplomatique*, podrá encontrarse una reseña de dicha referencia bibliográfica.

Pero volviendo al tema de este artículo, los autores nos describen un organismo con efectivos y presupuestos mucho más importantes que los de la CIA. Al tener su sede en Fort Meade, cerca de Washington, la NSA es el centro informático más importante y eficaz del mundo con ordenadores —recuérdese que la referencia corresponde a 1991— capaces de procesar de 150 millones a 200 millones de palabras por segundo, lo equivalente a 2 500 libros de 300 páginas. Para hacernos una idea de la capacidad de esta “meca” de la vigilancia electrónica planetaria, permítaseme reproducir el siguiente texto:

[...] la NSA, gracias a sus centros de escucha diseminados en el mundo entero y a sus satélites espías, puede captar las conversaciones más secretas, distinguir el más mínimo desplazamiento de tropas en cualquier parte del planeta. La NSA, sus analistas, sus matemáticos y sus descodificadores, todos ellos salidos de las mejores universidades americanas, pueden incluso recoger los detalles de una conversación mantenida en una sala, midiendo electrónicamente las vibraciones de los cristales gracias a un rayo invisible. (Salinger y Laurent, 1991:81)

Suena a películas de James Bond, pero lo más inquietante, desde mi punto de vista, es que esta perfecta y grandiosa maquinaria de vigilancia electrónica mundial pareció estar de vacaciones el famoso 11 de septiembre de 2001. Lo peor es que nunca sabremos por qué.⁵

Pareciera que no cabe otra alternativa que ceder ante las nuevas industrias del comportamiento teledirigido. Simbólica y materialmente estamos convirtiendo el mundo en un circuito cerrado de televisión, como ya he dicho, desenvuelto entre un panóptico dispersado en todas las trayectorias posibles, y un sinóptico subyugador y engañoso. Comenzamos a acostumbrarnos impasiblemente a la ubicua presencia de las cámaras de vigilancia “multipanóptica” y “participatoria” donde todos ven y son vistos a la vez; todos sospechamos y somos sospechosos de algo. En España, la *Ley Orgánica 15/1999 de Protección de Datos* —protección de qué datos y por parte de quién— ha supuesto la generalización en todos los rincones de nuestra frágil vida cotidiana de sarcásticas cámaras vigilantes. En algún establecimiento hostelero, en realidad, un pequeño bar de estación

⁵ Para un acercamiento al espionaje electrónico del mundo laboral, por ejemplo, puede consultarse un artículo de Vicente Verdú publicado en *El País*. El autor describe un sistema de vigilancia que puede interpretarse como una auténtica militarización del trabajo: “decenas de millones de trabajadores que usan ordenador son espiados actualmente por sus respectivas empresas. En Estados Unidos pasan de los 30 millones, y se calcula que la cifra es equivalente en el mundo occidental mejor controlado por las multinacionales. Cada trabajador debe saber que sus e-mails o sus chats serán siempre detectados y, al cabo, le acarrearán una sanción si tratan de cuestiones no laborables. Pero —continúa Verdú— también los sistemas más rudimentarios informan a los supervisores sobre el tiempo en que se está tecleando y el que se deja de teclear, el número de las llamadas telefónicas, su duración y su contenido, los momentos reglamentados que se destinan a descansar a los empleados en comer o ir al lavabo” (Verdú, 2002:11).

de autobuses, llegué a encontrar uno de esos rótulos donde se anunciaba: “Sonríe. Te estamos vigilando”. Esta es la consigna: la vigilancia como diversión autocomplaciente, como encantamiento de serpientes.

Según un informe gráfico recogido en el diario *El País*,⁶ existe un total de 4.2 millones de cámaras repartidas entre Londres y otras ciudades importantes del mundo. Sólo en Londres, en la red del metro hay 6 000 cámaras, 1 800 en las estaciones ferroviarias, y 5 200 en los autobuses. Estas cámaras, equipadas con sistemas asistidos por ordenador de visión nocturna, detectores de movimiento, escudos antibalas y grabación continua, captan la imagen de una persona ¡300 veces diariamente!, habiendo una cámara por cada 14 habitantes, cuyos rostros pueden ser identificados a 150 metros de distancia. Todas estas cámaras están interconectadas con 32 salas de control policial.

El mito de la “seguridad pública” —en el mundo más inseguro quizá conocido en la historia occidental— explica y pretexta. Las cámaras ocultas “escondidas” en los bancos, centros de trabajo, escuelas, estadios, hipermercados, e incluso en los rincones más apartados de la privacidad doméstica, nos devuelven a esa interrogante que continuamente me hago:

¿Quiénes son los carceleros, y quiénes los cautivos? Bien se podría decir que, de alguna manera, estamos todos presos. Los que están en las cárceles y los que estamos afuera. ¿Están libres los presos de la necesidad, obligados a vivir para trabajar porque no pueden darse el lujo de trabajar para vivir? ¿Y los presos de la desesperación, que no tienen trabajo ni lo tendrán, condenados a vivir robando o milagreando? Y los presos del miedo, ¿estamos libres? ¿No estamos presos del miedo, los de arriba, los de abajo y los del medio ambiente social? En sociedades obligadas al sálvese quien pueda estamos presos de los vigilantes y los vigilados, los elegidos y los parias. (Galeano,2009:110)

En este circuito óptico-electrónico global, todos hemos quedados reducidos a una “dataimagen”, según la noción acuñada por Kenneth Laudon, para referirse a la naturaleza digital e informacional que adopta el individuo en el ámbito de este panóptico transterritorial.⁷

El control configurador sobre los sujetos se ejerce en la manera en que la categoría de relaciones en la que piensan es mediada por los datos recogidos y procesados. Las decisiones sobre los sujetos de datos remiten directamente a la información disponible sobre los mismos sujetos. En nuestra vida cotidiana nos hemos apropiado de todos los

⁶ Disponible en la página 8 de la sección Internacional del sábado 9 de julio de 2005.

⁷ El control configurador sobre los sujetos se ejerce del siguiente modo: “la categoría de relaciones en la que piensan es mediada por los datos recopilados. Las decisiones sobre los sujetos de datos están estrechamente vinculadas a la información disponible sobre los sujetos” (Lyon, 1995:121).

instrumentos técnicos disponibles de esa vigilancia multidireccional, participatoria y coimplicatoria, tales como las tarjetas del cajero automático, las de crédito y las inteligentes, el teléfono, la conexión *online*, la proliferación de las cámaras en los espacios públicos, etcétera. Todos estos mecanismos representan comodidad, seguridad y poder consumista para nuestra aterrada subjetividad. De esta forma, consumo superfluo y miedo son los dos complementos sinérgicos desde los que se activan las nuevas disciplinas-en-red (Vidal, 2005).

Adicionalmente, el desarrollo de los sistemas de control electrónico se concreta en la proliferación de las bases de datos privadas donde se produce una efectiva segmentación de gustos, estilos y preferencias individuales. Estas bases de datos sirven para dos objetivos generales: “la evaluación del riesgo (que pretende excluirse) y la identificación del cliente (que pretende incluirse). La exclusión es percibida por la mayoría como algo que ocurre a una minoría de gente marginada, mientras que los beneficios de la inclusión en la economía de consumo son ampliamente apreciados” (Whitaker, 1999:166). En este contexto, el panóptico consumista se basa en el miedo a la otredad como amenaza contraconsumista.

La “dialéctica del control”

Ante tales realidades, Lyon reacciona aconsejando la prudencia, esto es, denunciando lo que define como un fatalismo, como una auténtica “paranoia posmoderna”, lo cual le da pie para introducir algunos elementos de esperanza para el futuro.⁸

Sin desdeñar esa necesaria prudencia en pos de la salud psíquica, creo que uno de los poderes coactivos e intimidatorios más importantes que posee la nueva vigilancia electrónica —una vez que nos remite a su banalización y ficcionalización narrativa y cinematográfica— es la aprehensión “neurotizante” que nos produce la simple tentación de aceptar su propia realidad. Intentaré explicarlo: Estimo que, en este sentido, el desarrollo de lo “inimaginable” tiene el terreno perfectamente abonado, toda vez que también somos víctimas de esa autocoerción consistente en el temor a convertirnos, por supuestamente locas deducciones, en carne de psiquiátrico y objeto del rechazo social.

⁸ Apunta hacia un realismo sociológico consciente tanto de las limitaciones de dichos sistemas de vigilancia como en la responsabilidad que todos debemos ejercer a la hora de entender mejor los lenguajes electrónicos, así como la relación entre las cuestiones del consumo, el orden social y la propia vigilancia. Y concluye: “el análisis imaginativo, informado por una teoría constructivamente crítica basada en las nociones de participación, personalidad y fines no sólo contribuirá considerablemente a mitigar el pesimismo y la paranoia que nos han sido legados por los modelos dominantes, sino que también creará un espacio para alternativas genuinas. Puede que aún no las percibamos con claridad, pero no son una esperanza desmediada” Lyon, 1995:309).

Y es que tenemos miedo social a aceptar lo más patente; nos cuesta creer en lo evidente; aterra nada más que pensarla. El uso corriente de la inteligencia es una amenaza de rechazo y ostracismo social.

En todo caso, la fortaleza y eficacia de este sistema de control disciplinario está, por consiguiente, en la omnisciencia real y “visible” de una vigilancia recíproca y multidireccional en la que el vigilado es a la vez vigilado en la vorágine infinita de los “pequeños hermanos”. Ya lo he dicho: de “el Gran Hermano te vigila” hemos pasado a “los pequeños hermanos nos vigilamos”, aunque unos más que otros, como es obvio,⁹ y donde éstos se sumergen activamente en el juego diverso y cambiante de las miradas y contramiradas que suman y restan efectos. Resulta interesante, en relación con ello, la alusión que Lyon hace al concepto de “dialéctica del control”, acuñado por Giddens, para referirse a esas estrategias de control que “‘desencadenan contraestrategias por parte de los subordinados’. Es un teorema sociológico sobre las formas en que ‘los menos poderosos gestionan los recursos de tal manera que ejerzan un control sobre los más poderosos en relaciones de poder establecidas’” (Lyon, 1995:113).

En el fondo, ese juego, en el que operan modelos de interacción complementaria, representa la generalización de un modelo predominante de conducta que transita por toda la compleja red de relaciones sociales. En la práctica, el panóptico participatorio y multidireccional opera mediante un doble sistema de inclusión-exclusión social en virtud del poder de consumo del individuo. Al mismo tiempo que se trivializa cualquier discurso sobre la igualdad y el respeto al medio ambiente como simulacro de un orden político-moral —en realidad inexistente—, la individualización cultural del sujeto no es enfocada desde una verdadera liberación de las diferencias. Este panóptico descen-

⁹ Lyon, con el objeto de identificar el carácter multidireccional y participatorio de este nuevo panóptico consumista, previene, como ya he sugerido, acerca de las metáforas modernas que suelen ser utilizadas en los estudios “clásicos” sobre el tema (Lyon, 1995). No obstante, para estar en condiciones de fijar las diferencias y similitudes entre este panoptismo seductor y el panoptismo abiertamente coercitivo orwelliano, quizás convenga recrear algunas imágenes de este último: “a la espalda de Winston, la voz de la telepantalla seguía murmurando datos sobre el hierro y el cumplimiento del noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. Cualquier sonido que hiciera Winston superior a un susurro, era captado por el aparato. Además, mientras permaneciera dentro del radio de visión de la placa de metal, podía ser visto a la vez que oído. Por supuesto, no había manera de saber si le contemplaba a uno en un momento dado. Lo único posible era figurarse la frecuencia y el plan que empleaba la Policía del Pensamiento para controlar un hilo privado. Incluso se concebía que los vigilaran a todos a la vez. Pero, desde luego, podían intervenir su línea de usted cada vez que se les antojara. Tenía usted que vivir —y en esto el hábito se convertía en un instinto— con la seguridad de que cualquier sonido emitido por usted sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos sus movimientos serían observados” (Orwell, 2001:4-5). Con independencia de que aquí se nos describe una superestructura centralizada de vigilancia unidireccional y que nuestro panóptico revela una configuración descentralizada en conformidad con el paradigma de red, habrá que ejercer, a mi entender, una gran responsabilidad personal para evitar una existencia tan similar a la de nuestro Winston Smith.

tralizado, fragmentado y unificado aísla y solidariza de manera vertical y horizontal, de forma respectiva. Es también multicultural en tanto rentabiliza económicamente la misma diversidad cultural —étnico-lingüística, religiosa, sexual, etcétera— que el mercado contribuye a organizar según sus propios criterios de consumo. El capitalismo selecciona y se hace cargo de aquellos movimientos sociales en tanto demandas consumistas absorbibles por el sistema, “legitimando” de ese modo sus diferencias (Whitaker, 1999). Desde distintos niveles de exclusión social, el ser negro, ser mujer, ser homosexual, etcétera, es todo un negocio. Por consiguiente, el triunfo de la vigilancia generalizada en la “era tecnotrónica” del gran descubridor del “*tittytainment*” educativo, Zbigniew Brzezinski (1973), significa, ante todo, el triunfo de la vigilancia ejercida por el mismo espectáculo mediáticamente construido. Asimismo, en una sociedad, que Román Gubern (2001) prefiere llamar “sociedad *voyeur*”,¹⁰ en la que todos miran a la vez que son mirados, en una sociedad en la que no es usted quien lee el periódico, quien escucha la radio, quien ve la televisión, quien navega por la red, sino que son el periódico, la radio, la televisión quienes leen, escuchan y ven a usted, del mismo modo que es la red quien navega a través de usted, todos somos “Truman”, todos padecemos un auténtico “síndrome de Truman”.¹¹

Más allá de las beneficiosas advertencias de Lyon sobre la “paranoia posmoderna”, el problema, desde mi punto de vista, no reside tanto —aunque también— en el perfeccionamiento electrónico informacional de los nuevos sistemas de control tecnológico, basados en la exhaustiva recopilación de datos acerca de los movimientos de la ciudadanía en un sentido amplio.¹² Lo que realmente me preocupa es el hecho generalizado de

¹⁰ En un debate con Arcadi Espada acerca del papel de los medios de comunicación en la fabricación social de la realidad, Román Gubern, aludiendo al reciente programa televisivo *Gran Hermano* —resulta sintomático, en mi opinión, que de la perversidad del título apenas se haya dado cuenta el gran público—, propone este concepto como más adecuado al debordante de “sociedad del espectáculo”. Este debate, que fue publicado en el diario *El País*, puede encontrarse reproducido en línea en la edición electrónica del diario argentino *La Voz del Interior* (domingo, 21 de abril de 2002): www.lavoz.com.ar/2002/0421/suplementos/cultura/nota92568_1.htm.

¹¹ Evoco al personaje principal de la película estadounidense *El show de Truman*. Estrenada en 1998, fue protagonizada por Jim Carrey y dirigida por Peter Weir. Recuérdese que el argumento principal se centraba en la figura de Truman Burbank, protagonista de un exitoso programa de televisión desde el que se hace un seguimiento de su vida durante las 24 horas del día sin su conocimiento. La localidad en la que vive es un decorado, es decir, un simulacro de ciudad, y las personas con las que se relaciona son actores, es decir, un simulacro de personas que simulan establecer auténticas relaciones humanas. Producto de un gran visionario mediático, papel interpretado por el conocido actor Ed Harris, la Gran Simulación es un día descubierta por el triste protagonista que, desde ese momento, no se fija otro objetivo que escapar de ese “infierno” cálido, luminoso y feliz. Me pregunto si nosotros, los Truman reales, experimentaremos algún día semejante despertar. Por ahora, me temo que el “programa” de nuestras frágiles vidas tiene garantizada una cuota de pantalla retroactiva absoluta.

¹² Aquí habría que explotar, en cualquier caso, las posibilidades de la “dialéctica del control” antes definida. Como señala Lyon de acuerdo con este planteamiento: “cabría esperar encontrar intentos de contrapesar

la aplicación positiva de la vigilancia mediante los recursos de motivación y persuasión que se esconden tras la construcción de la “dataimagen”, de nuestro “consumista” carnet de una identidad matematizada en su continua elaboración retroactiva.

El Poder hipnótico del consumismo iconocrático

El Poder, esta vez con mayúscula, y que se refiere al conjunto sistémico-comunicacional constituido por el efecto final de todas las interacciones que lo forman, se halla en la capacidad hipnótica y cabalmente normalizadora de la “Gran Simulación”, de ese “Gran Espectáculo del Mundo” que nos brindan los medios en complicidad negociadora con nuestras pobres expectativas de experiencia vital. Ese efecto de las palabras por el simple hecho de ser pronunciadas y, sobre todo, esa fuerza cautivante de la imagen por su mera exhibición obnubiladora, obedecen a un esquema concreto de manipulación programada de nuestros deseos y temores más profundos, de activación de nuestras pulsiones básicas, de estimulación regresiva de los “arquetipos” desde el criterio de rentabilización mercantil de nuestra elemental dimensión mítico-mágico-ritual.

Esta aplicación informacional de la “hipnopedia” y la “narcohipnosis” de Huxley remite, ciertamente, al gran poder de la imagen en su vinculación con el universo mítico que se encuentra en la base de nuestra identidad y la búsqueda del sentido. Como ha estudiado Adrián Huici, “a través de las imágenes, se puede actuar más fácil y directamente sobre los sentimientos y emociones que, como todos los publicistas saben y propagandistas reconocen, son mucho más que la razón, las causas de nuestras actitudes y conductas” (Huici, 1996:111-112).

Desde un punto de vista transsubjetivo, la proyección propagandística de las “falsas” promesas del consumismo —su falsedad estriba en que éste consiste en una elemental patología obsesivo-compulsiva que conduce al infinito círculo vicioso del deseo y la insatisfacción— a través del manejo de determinados mitos parece atender a lo que, tal y como lo recoge el propio Huici, Pratkanis y Aronson denominan “persuasión por la vía periférica”. Este concepto nos dibuja un tipo de interacción en la que el receptor apenas presta atención al propio proceso comunicativo: “en la vía periférica, la persuasión está determinada por claves sencillas, como el atractivo del comunicador, el que las personas de nuestro alrededor estén o no de acuerdo con la posición que se presenta o con el placer y el dolor asociados al hecho de estar de acuerdo con esa posición” (citado en Huici, 1996:114).

el poder en todas las situaciones en las que la vigilancia se experimenta de forma negativa como coacción. Aunque el estudio cuidadoso de la vigilancia puede obligarnos a explorar con mayor precisión cómo se produce, como una hipótesis-guía tiene mucho peso” (Lyon, 1995:113).

La imagen, toda vez que suplanta el pensamiento como instrumento crítico-reflexivo, constituye, pues, el gran suplemento exterior que el individuo —de este modo unidimensionalizado— necesita para establecer sus relaciones consigo mismo, con los demás y con el mundo y su “verdad”. De ahí la vaciedad de un modo de existencia que a nadie contenta, pero por el que todos luchan. Quizá, porque

[...] las imágenes desprendidas de cada aspecto de la vida se fusionan en una corriente común en la cual resulta ya imposible restablecer la unidad de aquella vida. La realidad, considerada *parcialmente*, se despliega en su propia unidad general como un seudomundo *aparte*, objeto de la mera contemplación. La especialización de las imágenes del mundo puede reconocerse, realizada, en el mundo de la imagen autónoma, en donde el mentiroso se engaña a sí mismo. El espectáculo en general, como inversión concreta de la vida, es el movimiento autónomo de lo no vivo. (Debord, 2002:37-38)

Y, podemos añadir, del no-cambio social, a lo que considero un excelente complemento a las concepciones braudillardianas de simulacro e hiperrealidad. Y es que el poder neguentrópico del espectáculo, su inscripción recursiva y holográfica en el sistema se debe, así, a que “entendido en su totalidad, es al mismo tiempo el resultado y el proyecto del modo de producción existente” (Debord, 2002:39), lo que le convierte no en un mero suplemento o sobreañadido al mundo real, sino la base del “irrealismo” de la sociedad real.

Esa omnipresencia de la imagen abolidora de lo “real” —entiéndase, no de lo real metafísico, sino de lo real como experiencia apropiable simbólicamente— desemboca, pues, en

[...] la fractura que lo *exterior* ha operado en detrimento de lo *interior*, es decir, de aquello, tanto tiempo protegido, que se había constituido en el ámbito privado. La imagen, por efecto de los medios de masas y de las figuras de influencia que en ellos se exhiben, por la labor de las demostraciones publicitarias y la puesta en escena de objetos, orienta la disposición de los espacios de la intimidad y gobierna la presentación del uno mismo, un mostrarse así cada vez más condicionado por lo externo. (Balandier, 1994:157)¹³

Esta derogación del pensamiento —como caldo de cultivo dialógico de la desviación contra la normalización— en favor de la excitación lúdica de las pasiones acarrea graves consecuencias, y nos sumerge en una peligrosa parálisis social marcada por el signo de una nueva socialización homogeneizadora sin aparente camino de retorno.

¹³ Esto tiene su correspondiente orwelliano en el siguiente texto: “al final, el Partido anunciaría que dos y dos son cinco y habría que creerlo. Era inevitable que llegara algún día al dos y dos son cinco. La lógica de su posición lo exigía. Su filosofía negaba no sólo la validez de la experiencia, sino que existiera la realidad externa. La mayor de las herejías era el sentido común” (Orwell, 2001:80).

Emilio Lledó ha denunciado que, en el proceso actual de extensión de la cultura, los símbolos e imágenes transmitidas no constituyen un estímulo para la imaginación creadora, sino para su paralización. De esta manera, habla de una “pseudomediación” homogeneizadora que identifica de forma mecánica “las respuestas ante las presiones de unos medios de comunicación, cuyos estímulos pueden servir para impedir que, detrás de esa muralla simbólica, se vislumbre el camino de una sociedad más perfecta y de una ética más coherente” (Lledó, 1996:47).

Al considerar, como es natural, esa proyección ético-política en un sentido hermenéutico constituyente, podríamos preguntarnos: ¿Hay realmente alguien detrás de ese muro simbólico de la fascinación iconocrática-consumista? Es necesario, por consiguiente, aclarar con precisión en qué **consiste el efecto homeostático de la compulsión consumista** como criterio actual de identificación y clasificación individual y colectiva al interior de un sistema autoorganizado. Para ello, conviene tomar conciencia de qué es el consumismo como nueva forma histórica de “estar-en-el-mundo” que amenaza con neutralizar las posibilidades proyectivas del propio existenciario interpretativo-comprensivo del que ha emergido.

Primero que nada, el consumismo no constituye una realidad natural del hombre, no se corresponde con los designios trascendentales de una historia universal aquí descartada, ni siquiera con tendencias antropológicas innatas o atávicas; tan sólo se trata de un proceso desencadenado (históricamente) en relación con cierto modo histórico de desarrollo del capitalismo, hoy global e informacional. El consumismo iconocrático, por su parte y por el mismo hecho de poseer una particular esencia compulsiva, estriba en una confusión fundamental entre las “necesidades primarias” y las “necesidades secundarias” del individuo (Cueto, 1985).

Aquí quiero aclarar primero que, desde un punto de vista psicológico, la compulsión consiste en un acto repetitivo que, en sus efectos acumuladores de insatisfacción, conducen al individuo hacia un aplazamiento indefinido de la consecución de su objetivo, que no es otro que el cumplimiento de un deseo ligado a una necesidad. Así, si la necesidad puede considerarse como la sensación subjetiva de una carencia asociada al deseo de su superación, las necesidades primarias y secundarias atienden a una naturaleza muy distinta. Mientras las primeras, en cuanto vitales o biológicas, se corresponden con todo aquello que tiene que ver con la conservación material de la vida, es decir, con la supervivencia física del individuo —comer, vestirse, etcétera—, las **segundas, más propiamente psicológicas** que orgánicas, afectan al orden del bienestar, el lujo y el estatus social.

El gran giro que representa el consumismo como forma elemental de existencia es que, reubicándose el “umbral de supervivencia” en el terreno de lo superfluo, las necesidades secundarias —estimuladas desde su misma simulación informacional— comienzan a ser sentidas por el individuo como vitales, como si en ellas estuviera en juego no sólo la su-

pervivencia física, sino también psíquica, lo cual determina la sujeción no tanto a la misma necesidad como a la reiteración constante del mismo acto placentero de la consumición. En ese sentido, Cueto habla de la imposición de un “mínimo vital antropológico” correlacionado con el afán por alcanzar lo que socialmente queda estipulado como “conjunto estándar”. El consumo vigilante se convierte, de esta guisa, en una coacción, en una auténtica obligación de consumir, de modo que la nutrición se torna gastronomía; la sexualidad, erotismo; la vivienda, “*standing*”; el descanso laboral, gastos de ocio; la compra, espectáculo; la familia, poderosa unidad derrochadora; la vida cotidiana, frenética carrera hacia el estatus social; y la libertad de trabajar, lo dicho, obligación —añadiré que condicionada de manera transubjetiva— de consumir (Cueto, 1985).

Esta asociación de la libertad de consumir a la coacción orwelliana, mítico-iconográficamente inducida, del dos y dos son cinco, conforma, por el momento, la materia prima de la realización identitaria del sujeto informacional, a la vez que, por su misma esencia compulsiva, es decir, insistente, repetitiva, es la base de la estabilización normalizadora del sistema.

En este sentido, el triunfo de la ética y filosofía del consumo representa, como en *Un mundo feliz*, el verdadero punto de partida y la garantía de la continuidad de la nueva era. Todo lo que no sea afirmar “vale más desechar que tener que remendar” o “¡cómo me gustan los trajes nuevos!”, representa “un verdadero crimen contra la sociedad” (Huxley, 1985:53).

En este nuevo sistema social, cuyas pautas de funcionamiento están supeditadas a las exigencias del mercado, “éste, como un líquido, se cuela en todos los intersticios de la actividad social, y los convierte a su lógica. Incluso terrenos que han permanecido largo tiempo al margen del mercado (la cultura, el deporte, la muerte, el amor, etc.), están siendo totalmente ganados para sus leyes de la mercantilización general y de la oferta y la demanda” (Ramonet, 1997:63).

Cuestionar el Poder

Ante esta situación, el “ethos” y la “estética” consumistas son los que dan sentido, en última instancia, a cualquier acción selectiva, a cualquier decisión realizada en el marco de unos patrones de interacción comunicativa socialmente predeterminados. Ni la protesta social escapa, en mi opinión, a dicho fenómeno. Primero, debido a que, en las formas en que hoy se refleja en los medios, no comporta ningún cuestionamiento real del sistema. Segundo, porque lo que en verdad le inspira es la búsqueda de una mejor posición relativa dentro del mismo sistema. Existe, a mi entender, un auténtico “telos” consumista como contenido último de cualquier reivindicación, como referente básico

de la existencia en la “sociedad de la seguridad”, marcando las fronteras entre el afuera de la marginalidad del ser asocial y el adentro de la pertenencia a un orden, del que la lógica isomórfica que rige todos los juegos que se dan en él no es objeto de discusión. En mi opinión, este es el verdadero trasfondo de la nueva “indignación” social.

De esta forma, construimos el poder los mismos que lo cuestionamos porque, en realidad, no lo cuestionamos. Tan sólo mostramos el malestar que nos produce la situación relativa —es decir, en relación dinámica con otras— de desventaja en la que nos podemos encontrar eventualmente en el espacio de fases del sistema. Esa topología de la confrontación que la noción de emplazamiento expresa se resuelve, en este caso, en el fortalecimiento sistémico de un “atractor fijo” social que encuentra en el binomio comunicación-consumo su primer principio organizador. Así, en la medida en que este binomio pueda acoger, a mi entender, un tercer elemento configurador de la estructura básica de recursos motivacionales que regeneran homeostáticamente el sistema, creo que hemos de considerar dos efectos principales sobre los que pivota la “clausura operacional” del sistema informacional. Como señala Mattelart, y devolviéndonos, pienso, a los factores de limitación de la pragmática de la comunicación humana y a las técnicas de control de la contingencia del discurso, “comunicarse supone establecer una norma, suprimir el azar” (Mattelart, 1998:13).

Un efecto fundamental del modo actual de funcionamiento de los medios de comunicación social es el “mimetismo” social que se conjuga en torno al poder de la representación icónica. Estimo que, en ese sentido, todos, las élites camaleónicas del infocapitalismo global, de un lado, y los movimientos de resistencia “antiglobalización neoliberal”, por otro, somos, de una u otra forma, objeto del mismo proceso, ficcionalizador y espectacularizador de la realidad.

En este contexto, considero que ha llegado el momento de preguntarse por la viabilidad estratégica de ese gran movimiento que, realizado en el mismo paradigma de red en el que se desenvuelve el nuevo modo de desarrollo capitalista —ese no es el problema, tan sólo revela la naturaleza reticular de todos los procesos sociales—, deviene en la banalización estetizante de sus intenciones iniciales, unas intenciones con las que, por otra parte, me identifico como expresión de un No como horizonte de la posible formación de nuevos espacios de decisión al margen de los conductos oficiales del “mandato” comunicacional.¹⁴

¹⁴ Excede los objetivos de mi trabajo un análisis, por otra parte urgente, de los patrones conductuales, así como de su relación concordante/discordante con los mecanismos de autoconservación del sistema, de ese nuevo fenómeno de manifestación en red del descontento y la desviación social que representa el llamado movimiento “antiglobalización”. Teniendo su pistoletazo de partida con ocasión de las manifestaciones realizadas en Seattle en diciembre de 1999 contra la conferencia de la Organización Mundial del Comercio, este fenómeno no ha hecho más que crecer desde entonces, concretándose en la creación de un nuevo asociacionismo que goza de una gran capacidad de interconectividad. Confluendo anualmente en el Foro Social

Por su parte, Pepa Roma apunta hacia un movimiento que apuesta por esa “otra globalización” inspirada en

[...] un concepto de diversidad que no se apoya en el individualismo ni en la separación, sino en el amparo mutuo, a modo de familia planetaria que comparte y reparte. Donde el poder no se ejerce en vertical, sino en horizontal. Una forma de pensar en un mundo-hogar donde quepan todos, padre y madre, abuelo, hijo y nieto, sea *rasta* o nórdico, africano o americano, cristiano, budista o musulmán, elefante o mariposa, pez o pájaro, animal o vegetal. ¿Suena utópico? Por ahí anda alguien tratando de hacerlo realidad. (Roma, 2001:322)

Pero lo que me preocupa es cómo tan deseable iniciativa —coherente con mis postulados dialógico-dianoéticos de la comunicación intercultural como espacio de referencia de una nueva socialidad red— acaba siendo absorbida por el gran “agujero negro” del hiperrealismo mediático. Hay que preguntarse, pues, si ese “pasacalles reivindicativo”, si ese “Disney World contestatario” en el que acaba convirtiéndose dicho movimiento tras la aplicación de sus propias estrategias de autorrepresentación, no deviene en su autoneutralización al entrar en el mismo orden formal del discurso prevaleciente en los *mass media*. ¿No juegan, en la práctica, al mismo juego que denuncian cayendo en la trampa del virtuosismo ornamental? Es ahí por donde pienso que se habrían de sondear, en futuros trabajos de investigación, los efectos neguentrópicos de tan “espectaculares” manifestaciones de la discrepancia social. Dicho de otra forma, esta sería una oportunidad para tratar de determinar niveles concretos de reutilización sistémica del desorden como fuente de alimentación del orden social perpetuo.

Mundial, celebrado en la ciudad brasileña de Porto Alegre —en coincidencia temporal con el Foro Económico Mundial de Davos, ese en el que se negocia cada año la agenda del capitalismo salvaje global, ese en el que, de acuerdo con las consignas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), se opera un auténtica “hipóstasis” de la realidad en tanto suplantación de lo existente por unos esquemas económicos previamente concebidos—, hoy está constituido por un auténtico enjambre de organizaciones ciudadanas, sindicales, agrarias, pacifistas, ecologistas, solidarias, etcétera, que aboga por “otra globalización”. Estamos, pues, ante la esperanza de una recuperación de lo social y, quizás de la historia, en el sentido participativo, flexible y descentralizado de la construcción ciudadana de una nueva sociedad proyectada hacia la diversidad. En resumen, “la llamada *antiglobalización* no es más que un método de análisis que permite relacionar y buscar causas comunes en problemas aparentemente diferentes, sean las vacas locas, la inmigración, el empleo precario o los desastres ecológicos como el de Doñana. Y, sobre todo, relacionar los problemas locales con los globales” (Roma, 2001:13). Visto así, una auténtica lección de asimilación del paradigma hermenéutico de la complejidad. Para la consulta de un directorio muy completo de estas organizaciones, incluidas sus direcciones electrónicas y otros datos de interés, me remito al citado libro de Pepa Roma (2001). Hay que resaltar que Ignacio Ramonet está implicado directamente en el desarrollo de este movimiento. De la misma manera que promovió la fundación de asociaciones como ATTAC (Asociación para la Tasación de las Transacciones Financieras y la Ayuda a los Ciudadanos) y Media Watch Global, el director de *Le Mode diplomatique* también está en el origen de la constitución del antes mencionado Foro Mundial Social. En cuanto a una crítica de las relaciones del FMI con el Poder y la Verdad, a las que antes he hecho alusión. Ver Dávalos, 2002.

Una sociedad amnésica

El segundo factor al que quería hacer alusión en relación con la fuerza normalizadora del binomio comunicación-consumo es el de los efectos “desmemorizadores” de los medios de comunicación social. Éstos, en su lógica actualizante de sustitución suplantadora y desecuencializadora de los acontecimientos construidos, terminan, así, por erigirse en los núcleos irradiadores de lo que yo llamaría una “amnesia-disciplina” generalizada.

Bajo esta consideración, definiremos, pues, los medios de comunicación como “máquinas de producir presente” (Martín-Barbero, 2003). Los medios, en su estructura actual, son antimediadores porque son, esencialmente, destructores del sentido del tiempo como fundamento simbólico de la apropiación del sí mismo. Por eso, desde ese instrumentalismo abstracto, son Poder absoluto, más allá de los sujetos individuales implicados en las interacciones que regulan afásicamente, es decir, sin palabras reflexivas.

Las imágenes que los medios ponen en movimiento “imponen una nueva forma de inteligibilidad, otro tipo de relación con el mundo y con el acontecimiento en que lo efímero y el olvido se imponen sobre la duración y la memoria, en que el afecto puede tener valor de juicio, de evaluación. Su autoridad es inmediata, asocian la atribución de sentido a un instante mediático” (Balandier, 1994:159). Un instante mediático en el que el acontecimiento se esfuma en su mera representación fantasmagórica, quedando arrancado de su posible integración narrativa en una historia que nos diga algo acerca de algo. Basta con pensar el modo en que hechos que produjeron una enorme commoción en la opinión pública en un momento determinado apenas sobreviven al recuerdo en el instante en que la agenda mediática prescribe su caducidad. Pero, además, se trata de la consecuencia del mismo espejismo informativo. Virilio lo enfoca desde

[...] la *apátheia*, esa impasibilidad científica que hace que cuanto más informado está el hombre, tanto más se extiende a su alrededor el desierto del mundo. La repetición de la información (ya conocida) perturbará cada vez más los estímulos de la observación extrayéndolos automáticamente y rápidamente no sólo de la memoria (luz interior) sino, ante todo, de la mirada, hasta el punto de que, a partir de entonces, la velocidad de la luz limitará la lectura de la información y lo más importante en la electrónica informática será lo que se presenta en la pantalla y no lo que se guarda en la memoria. (Virilio, 1998:51)

Orwell y Huxley también nos aportaron el modelo de este asesinato diario de la multiplicidad de las historias potenciales como posible soporte simbólico de una ipseidad libre y plural. En *1984*, el poder del Partido se basaba, primordialmente, en su soberanía sobre el tiempo, y, por consiguiente, sobre la memoria colectiva. Esa detención de la

historia mediante la manipulación tecnocrática de los testimonios del pasado, esa instalación en un presente sin fin a través de esa doble anulación y reinvenCIÓN interesada de la misma historia, se elaboraba en el “Ministerio de la Verdad” según un procedimiento elemental: se tacha el pasado, se borra la tachadura, la mentira se convierte así en verdad, y luego de nuevo en mentira (Orwell, 2001). ¿No es esto lo que hacen nuestros medios cuando se hacen responsables de la ocultación de las claves históricas necesarias para la comprensión de uno u otro acontecimiento, sobre todo, cuando se trata de alguna nueva aventura militar protagonizada por el “adalid” de las libertades universales estadounidense, o una nueva incursión israelí en los territorios palestinos ocupados? ¿No es eso a lo que incitan cuando, tras una campaña de intensificación casi abrumadora del tratamiento informativo de algún tema concreto, de repente, prácticamente de la noche a la mañana, dicho tema o conjunto de acontecimientos desaparecen como si no hubieran llegado a ocurrir? Incluso, ¿no es esta la misma actitud que poco a poco van adoptando los planificadores de la enseñanza en sus niveles elementales ante la casi exclusiva atención que prestan a la historia contemporánea más reciente en detrimento del resto de la historia universal?¹⁵

En el estudio crítico de este presentismo sociologista-periodístico, quizá conviniese valorar las posibilidades de aplicación de la hipótesis de la “agenda-setting” como modelo de investigación de los efectos a largo plazo de los medios de comunicación social.

Esta teoría defiende la idea de que el receptor tiende a incluir o excluir de su atención y conocimiento todo lo que los *mass media* incluyen o excluyen de su contenido. Al incidir en la creciente “dependencia cognoscitiva” de los medios, “la hipótesis de la agenda-setting postula un impacto directo —aunque no inmediato— sobre los destinatarios, que se configura a partir de dos niveles: a) el ‘orden del día’ de los temas, argumentos, problemas, presentes en la agenda de los media; b) la jerarquía de importancia y de prioridad con la que dichos elementos son dispuestos en el ‘orden del día’” (Wolf, 1991:165-166).

Al constituir, en principio, un conjunto bien integrado de consideraciones teórico-metodológicas, como ha estudiado Mauro Wolf, esta hipótesis se encuentra todavía en un estado de realización de observaciones y conclusiones parciales proclives a confor-

¹⁵ También en *Un mundo feliz* se procede a esa derogación disciplinaria de la historia: “se emprendió al propio tiempo una campaña contra el Pasado: cierre de museos, destrucción de monumentos históricos (afortunadamente la mayoría de ellos habían sido destruidos durante la guerra de los Nueve Años); la supresión de todos los libros publicados antes del año 150 de la era fordiana” (Huxley, 1985:52). Hoy también, pero desgraciadamente, se procede a la destrucción sistemática de los monumentos del pasado humano. El expolio y aniquilación de la riqueza arqueológica iraquí por parte de los “libertadores” estadounidenses constituyen un sangrante ejemplo, toda vez que junto a los restos de ese holocausto arqueológico se posan los restos de otro holocausto peor: el de las víctimas humanas inocentes de la “sinrazón” occidental.

mar en el futuro una auténtica teoría general de la mediación simbólica y los efectos de realidad operados por los medios. Tres cuestiones que, en ese sentido, suscitan interés son, por un lado, la diferente capacidad condicionante de la agenda de los distintos medios. De hecho, me vengo ocupando del poder subyugador de la imagen frente al de la palabra. Por otra, la relativa al tipo de nociones e informaciones que son objeto de una más o menos eficaz asimilación por parte de la audiencia. Y, finalmente, desde el ángulo interpretativo-comprensivo, lo relativo a los problemas derivados de la codificación neogociada, es decir, a la manera diferente en que esa agenda actúa en función del contexto de recepción y de los condicionamientos sociocognitivos de los propios receptores: “se delinea así una tendencia a la *persuasión templada por la persistencia*: las actitudes personales de los destinatarios parecen actuar en el sentido de integrar la agenda subjetiva con la propuesta por los media” (Wolf, 1991:174).¹⁶

En resumen, esta teoría, al plantear la cuestión fundamental de la continuidad cognoscitiva entre las intenciones de los medios de comunicación social y los criterios de importancia y de estructuración de los conocimientos que realizan los receptores en su apropiación de la referida información, remite a la lógica y función actual de los medios de comunicación, a saber: la creación de efectos de verosimilitud ligada a la producción destemporalizada de una ilusión.

Al tratar de enlazar con los anhelos, miedos y expectativas de los destinatarios, los medios —conscientes de que el campo racional del conocimiento humano pivota indefectiblemente sobre el sustrato más profundo de lo afectivo y lo mítico— son los auténticos responsables de la despersonalización ahistórica que caracterizan las débiles construcciones identitarias de la actual “sociedad de la seguridad”. Asimismo, al obstaculizar los posibles enlaces significativos con el pasado, los medios son poderosos instrumentos de invalidación de cualquier referencia de futuro. Y al fabricando la ilusión del movimiento, los medios constituyen una formidable “pantalla” de contención del cambio social en tanto éste queda ausente de la conciencia individual y colectiva.

En este sentido, si “el espectáculo no es un conjunto de imágenes sino una relación social entre personas mediatizada por la imagen” (Debord, 2002:38), lo que está en juego es la conversión del “ser-en-el-mundo”—con todas las posibilidades hermenéuticas que ello implica— en un pobre “ser-en-el-espectáculo” en el que la dialogía autorreflexiva cede paso al impacto de la imagen sobre una voluntad finalmente domeñada al

¹⁶ Wolf recoge la siguiente referencia a la obra de E. Shaw: Éste “afirma no sólo que ‘los trabajos sobre la *agenda-setting* reconocen que los atributos psicológicos y sociales de los electores determinan el uso político de los *media*’, sino también que ‘la *agenda-setting* reconoce la importancia de los contratos interpersonales para determinar el impacto definitivo del contenido de los *media* sobre el público. La *agenda-setting* utiliza los factores interpersonales para ayudar a explicar las condiciones en las que los efectos de *agenda-setting* son más pronunciados’” (Wolf, 1991:172).

antójo de la “internacional” consumista. Hay que tener en cuenta, incluso, que la lógica interna del control y del comportamiento del mercado de los medios actúa en el sentido contrario de la estimulación y reforzamiento de un auténtico espacio público: “los medios controlados por el mercado no solamente buscan aumentar su público a través del entretenimiento, a expensas del espacio público sino que tienden a diluir el entretenimiento para evitar una profundidad y una seriedad que pudiese interferir con el mensaje comercial” (Herman y McChesney, 1999:21).

A modo de conclusión: la esquizofrenia informacional

En conclusión, ese “ser-en-el-espectáculo”, ese “ser-en-el-simulacro”, sólo responde a la excitación acondicionadora de las sensaciones correlativa a la pérdida paulatina del contacto con la realidad, en favor de un “distanciamiento” que pretende hacer soportable lo insoportable. Esto es consecuente con la función especialmente consoladora de la cultura como orientador vital; pero, llevado a tal extremo desestructurador del necesario equilibrio racional-afectivo, conduce a una instrumentalización sojuzgadora reveladora de una patología social esquizoide. Este “ser-en-el-espectáculo”, entregado a los placeres del “voyeurismo” comunicacional, presenta, desde mi punto de vista, unos perfiles psicológicos muy ajustados a los criterios breulerianos de la esquizofrenia. Este “ser-en-el-simulacro” es un rotundo esquizofrénico funcional: ello, porque tal y como lo recoge von Foerster (1996) añadiendo a los tres criterios de E. Breuler un cuarto debido a Meduna y McCulloch, adolece, primero, de una “ruptura de la integración cognitiva”; segundo, de una “pérdida de afectividad”; tercero, de un “sensorio lúcido”, y cuarto, de una “confusión del símbolo con el objeto”.

En cuanto a lo primero, el sujeto informacional tan sólo se muestra capaz de desarrollar cadenas de pensamiento monotemático en el marco de una absoluta compartmentación de los temas tratados, que impide cualquier conexión de dichos temas a través de enlaces contextuales. Para von Foerster, un ejemplo de ello es la creciente especialización simplificadora a la que tiende el mundo científico y académico.¹⁷ Pero, al hilo de mis argumentaciones precedentes, concluye: “la estructura electiva respecto de temas de percepción pública está sufriendo en el presente una dramática contracción, tan completa que polariza alternativas que no son mutuamente excluyentes pero que son, sin embargo, vistas como si fueran casos excluyentes de *o* esto *o* aquello: ‘crecimiento económico o estancamiento cultural’; ‘polución o desempleo’; etcétera. No se toma con-

¹⁷ “Juntamente con el rechazo o la incapacidad para establecer conexiones contextuales entre percepciones a través de diferentes modalidades sensoriales sociales o ‘canales de información’, el patrón lingüístico de los voceros oficiales se vuelve progresivamente más esquizofrénico” (von Foerster, 1996:206).

ciencia de que podemos tener, en estos pares de alternativas, ambas, ninguna o —más allá de ellas— una multitud de alternativas” (von Foerster, 1996:206).¹⁸

En lo relativo al segundo aspecto, se trata de la disolución antidualógica y antiintercultural de la identidad “Yo-Tú”. Pongámoslo, por tanto, en relación con el desarrollo informacional de la identidades reactivas propias de la experiencia temporal premoderna. En este caso, von Foerster también alude a las disfunciones científico-tecnológicas singularizadas en la actitud de los científicos, consistente en la creencia de que “ellos pueden hablar competentemente *sólo* en los términos de la especialidad en la cual se sabe que ellos son competentes, pero *no* acerca de lo que ellos están haciendo, o acerca de qué se trata todo eso. Si, por el contrario, un científico habla en verdad acerca de cómo se supone que su actividad encaja en un contexto cultural, social, humano más general, se vuelve inmediatamente sospechoso de estar trasgrediendo su competencia” (von Foerster, 1996:208).

El gran signo de la pérdida informacional de la afectividad es el despliegue mediático de esa “paranoia del hombre blanco”. Los medios de comunicación son hoy, más que nunca, estimuladores de la interpretación de nuestras relaciones con los otros en términos de hostilidad y competencia, y no en el marco de una deseable complementariedad transsubjetiva. La teoría prevaleciente del “choque de civilizaciones” (Huntington, 1997) es una constatación de ello. Quizá, entre otras razones muy importantes, porque la representación del conflicto y sus secuelas de violencia venden más. Esto tiene, a su vez, relación —al menos así lo veo yo— con el modo en que los medios elaboran la lucha contra la muerte propia a través de la representación de la muerte del otro. Y, así, con la estetización mediática de la violencia, que encauza al individuo hacia una total insensibilización con respecto al sufrimiento de los demás. Como esgrime Manuel Garrido, “la violencia humana representada en los medios convoca con fuerza la mirada (la pupilometría lo confirma), estimula el organismo, incrementa la circulación sanguínea y la actividad cerebral. Son manifestaciones fisiológicas de los efectos mentales de la violencia televisada: a corto plazo, temor; a medio plazo, aprendizaje de procedimientos eficaces para la resolución de conflictos; y, a largo plazo, insensibilidad ante la imagen violenta” (Garrido, 2002:131).

¹⁸ Situados en el nivel nuclear del análisis del discurso —y, dentro de éste, en la “verosimilitud lógica” como estrategia de persuasión mediante el encadenamiento de significados ocultando el encadenamiento y, por tanto, haciendo uso del razonamiento y la argumentación en la esfera ideológica del discurso—, esto enlaza con la forma en que los medios coartan la facultad de razonar de los sujetos, ciñéndolos a la propia lógica del discurso propuesta. En este sentido, María Isabel Jociles destaca un conjunto de estrategias de confrontación entre enunciados destinadas a mostrarlos como idénticos o como incompatibles. Quizá fuera conveniente explorar las posibilidades de aplicación metodológica al estudio de este fenómeno de la ruptura de la integración cognitiva (Jociles, 2000).

De ese tema de la “fascinación por la violencia televisada” de la que da cuenta el citado autor, toda vez que ésta va emparejada con una creciente dificultad para determinar los límites entre la ficción cinematográfica y la realidad informativa de la sangre y la muerte, también se ha encargado Román Gubern, haciendo alusión a la existencia a lo largo de la historia de la humanidad de una “productiva cultura del terror”. Así pues, confirma que “una de las teorías más comunes acerca de por qué le gusta a la gente el espectáculo de la violencia postula que permite descargar de modo imaginario las pulsiones agresivas del individuo, provocando liberadoras descargas de adrenalina sin consecuencias dañinas para el entorno” (Gubern, 2001:22). Por tanto, en la misma medida que nos muestra la gran capacidad de convocatoria espectacular de la muerte, el análisis de Gubern me trae a la cabeza la función disciplinante de los “Dos Minutos de Odio” del 1984 orwelliano, y pasajes de esa obra como el correspondiente a la iniciativa por parte de Winston Smith de escribir un diario que inicia así:

4 de abril de 1984. Anoche estuve en los *flicks*. Todas las películas eran de guerra. Había una muy buena de un barco lleno de refugiados que lo bombardeaban en no sé dónde del Mediterráneo. Al público le divirtieron mucho los planos de un hombre muy grande y muy gordo que intentaba escaparse nadando de un helicóptero que lo perseguía, primero se le veía en el agua chapoteando como una tortuga, luego lo veías por los visores de las ametralladoras del helicóptero, luego se veía cómo lo iban agujereando a tiros y el agua a su alrededor que se ponía toda roja y el gordo se hundía como si el agua le entrase por los agujeros que le habían hecho las balas. La gente se moría de risa cuando el gordo se iba hundiendo en el agua, y también una lancha salvavidas llena de niños con un helicóptero que venga a darle vueltas y más vueltas. (Orwell, 2001:9-10)

Ciertamente, el espectáculo es un gran neutralizador de la dimensión afectiva en favor de una alienante agitación sensorial. Piénsese, por ejemplo, en la llamada “operación libertad iraquí” (2003) con la que—orwellianamente, por supuesto—fue bautizada la impune e ilegítima agresión militar cuyas consecuencias siguen dibujando un paisaje desolador en ese país tan maltratado por los intereses occidentales.

Al hilo de ello, en su columna dominical de contraportada de *El País*, Manuel Vicent proponía, de forma pintoresca, que entre el “Hombre de Cromagnon” —*Homo sapiens sapiens*, al fin y al cabo— esgrimiendo una garrota de encina y George Bush enseñoreando su misil Tomahawk, la diferencia no está en el desarrollo del cerebro humano, sino en la cabeza del misil que ha evolucionado a un ritmo mucho más rápido, no exclusivamente en inteligencia, sino, sobre todo, en diseño.

Al resaltar el carácter de “guerra cósmica” entre el Bien y el Mal, entre dos dioses monoteístas enfrentados en el cielo del paraíso terrenal, que imprimen los medios a

estos conflictos y, anticipándose con enorme sagacidad al destino que tienen este tipo de grandes eventos televisivos, esto es, el olvido, Vicent incluía la siguiente reflexión:

[...] llevamos ya tres días de espectáculo. Este es un aviso para los que aún conservan la fascinación por los tebeos de Hazañas Bélicas. Uno de los daños colaterales irreversibles de la guerra moderna consiste en que el espectador de televisión quede subyugado por la belleza de las armas. Ninguna escultura de la última vanguardia puede equipararse con el bombardero *B-2 Spirit*, un triángulo de acero casi metafísico. Parece que las armas están hechas para ser admiradas antes que temidas. Si te asombra su precisión y limpieza para alcanzar el objetivo y te dejas poseer por una estética que incluye un poder mortífero, serás tú la primera víctima. (Vicent, 2003:56)¹⁹

Lamentablemente es así, lo que enlaza con el tercer criterio del “sensorio lúcido”.

En el paciente esquizofrénico no hay ausencia de claridad perceptiva, ni pérdida del sentido de la orientación, ni déficit de la agudeza de discriminación visual o auditiva. Pero esta no perturbación del aparato sensorial en interacción con las dos alteraciones antes apuntadas, es decir, la desintegración cognitiva y el desinterés por los valores humanos, permite hacer observaciones del siguiente tipo: “si usted quiere deducciones infalibles, déle el problema a un esquizofrénico, pero revise sus premisas” (von Foerster, 1996:204-205).²⁰

De eso se trata precisamente, de las premisas, de lo que se deja a un lado ante la entusiástica contemplación nítida e hiperreal del espectáculo; del abandono de la responsabilidad personal y colectiva que comporta la desposesión inconsciente de uno mismo, que es como yo definiría la alienación. De ahí que Debord afirme que “la alienación en el espectáculo a favor del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la sociedad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo en relación con el hombre activo se hace manifiesta en el hecho de que sus propios gestos dejan de ser suyos, para convertirse en los gestos de otro que los representa para él. La razón de que el espectador no se encuentre en casa en ninguna parte es que el espectáculo está en todas partes” (Debord, 2002:49).

¹⁹ En lo que atañe al tema de la “amnesia disciplinada” que estoy tratando, y, por tanto, a la capacidad de los medios para hacer olvidar no sólo en tanto anulación de lo que interesa ser borrado de la memoria colectiva, sino como actitud esencial del “ser-en-el-espactáculo”, sirva la conclusión final de este artículo: “si alguno que hoy está contra la guerra aplaudiera a los vencedores deberá contabilizarse entre las bajas. Cuando el olvido se imponga sobre los muertos será el momento de llorar por ti mismo si has cedido a la belleza diabólica de las armas” (Vicent, 2003:56).

²⁰ En realidad, se trata de una recreación de una observación realizada por Warren McCulloch, de la que von Foerster no aporta más indicaciones.

Para terminar, alcanzamos así el último criterio de determinación de la esquizofrenia funcional que afecta al sujeto informacional, al nuevo “*homo spectans*” del siglo XXI.

Para von Foerster nos encontramos con nuestra tecnología en un estado de esquizofrenia también porque el individuo actual experimenta la identificación entre el símbolo de un objeto y el objeto mismo a modo de “paradigma lógico consistente”. “Hay símbolo —diría Le Guern— cuando el significado normal de la palabra empleada funciona como significante de un segundo significado que será el objeto simbolizado” (Le Guern, 1990:45). Esto presupone la toma de conciencia de los puentes semánticos a partir de los cuales se establece la correspondencia analógica que está en la base de la constitución del propio símbolo. Pero el enfermo esquizoide ignora esto.²¹

Entonces, ¿en qué consiste la noción baudrillardiana de simulacro, sino en la estricta remisión del signo al mismo signo? (Baudrillard, 1984). En el sujeto informacional, esta confusión del símbolo con el objeto adopta una dimensión especial en la misma confusión tecnológico-consumista de medios con fines, o cuando el símbolo, por ejemplo, de un estatus social, sustituye a la función de un objeto determinado. Ese es el gran reto al que nos enfrentamos ante el poder panóptico del esquizofrénico consumismo iconocrático, a saber: la recuperación de un sí mismo a la deriva de su propia imposibilidad de llegar a ser en un futuro por ahora cancelado.

Referencias

- Balandier, Georges (1994), *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós.
- Bauman, Zygmunt (2006), *La globalización: consecuencias humanas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Brzezinski, Zbigniew (1973), *La Era Tecnotrónica*, Buenos Aires, Paidós.
- Campbell, Duncan (2001), *Vigilancia electrónica planetaria*, París, Allia.
- Cueto, Juan (1985), *La sociedad de consumo de masas*, Barcelona, Salvat Editores.
- Dávalos, Pablo (2002), “FMI: Poder y verdad en la economía mundial”, *Rebelión. Seccción Economía* [en línea] (consultado el 29 de mayo de 2003), URL: www.rebelion.org/economia/davalos040102.htm.
- Debord, Guy (2002), *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos.
- Foessel, Michaël (2011), *Estado de vigilancia. Crítica de la razón securitaria*, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo SL.

²¹ Para ilustrar esta idea, aporta el siguiente ejemplo: “un paciente de diez años, a quien se le preguntó por el producto de 5 x 5, respondió: ‘Tiene una cocina, un salón, dos dormitorios, y está pintado de blanco’. La lógica resulta clara si se sabe que él vive en el número 25 de Main Street” (von Foerster, 1996:205).

- Foucault, Michel (1992), *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo (2009), *Patas Arriba. La escuela del mundo al revés*, Madrid, Siglo XXI.
- García Mostazo, Juan Ignacio (2002), *Libertad vigilada: el espionaje de las comunicaciones*, Barcelona, Ediciones B.
- Garrido, Manuel (2002), “La fascinación por la violencia televisiva”, *Comunicación. Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*, núm. 1, pp. 131-147.
- Gubern, Román (2001), “El espectáculo del terror”, *El País. Edición Madrid*, 16 de septiembre, núm. 22.
- Herman, Edward S. y McChesney, Robert W. (1999), *Los medios globales. Los nuevos misioneros del capitalismo corporativo*, Madrid, Cátedra.
- Huici, Adrián (1996), *Estrategias de la persuasión. Mito y propaganda política*, Sevilla, Alfar.
- Huntington, Samuel P. (1997), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.
- Huxley, Aldous (1985), *Un mundo feliz*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- Jociles, María Isabel (2000), “El análisis del discurso: de cómo utilizar desde la antropología social la propuesta analítica de Jesús Ibáñez”, *Revista del Ateneo de Antropología* [en línea], núm. 0 (fecha de consulta: 13 de febrero de 2000), URL: www.ucm.es/info/dptoants/ateneo/discurso_a.htm.
- Le Guern, Michel (1990), *La metáfora y la metonimia*, Madrid, Cátedra.
- Lledó, Emilio (1996), *Lenguaje e Historia*, Madrid, Taurus.
- Lyon, David (1995), *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Marcuse, Herbert (1969), *La sociedad carnívora*, Buenos Aires, Galerna.
- Martín-Barbero, Jesús (2003), “Dislocaciones del tiempo y nuevas topografías de la memoria” [en pdf; en línea] (fecha de consulta: 3 de marzo de 2003), URL (sitio web orientado al desarrollo de las ciencias sociales en el Perú): www.cholonautas.edu.pe/pdf/TIEMPO-BARBERO.pdf.
- Mattelart, Armand (1998), *La mundialización de la comunicación*, Barcelona, Paidós.
- Mattelart, Armand (2009), *Un mundo vigilado*, Barcelona, Paidós.
- Orwell, George (2001), *1984*, Barcelona, Planeta.
- Ramonet, Ignacio (1997), “Peligroso fin de siglo”, en Varea, Carlos y Maestro, Ángeles (eds.), *Guerra y sanciones a Irak. Naciones Unidas y el “nuevo orden mundial”*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 61-65.

- Roma, Pepa (2001), *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Salinger, Pierre y Laurent, Eric (1991), *Guerra del Golfo. El dossier secreto*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad.
- Verdú, Vicente (2002), “Espionaje sobre el empleado”, *El País, Edición Andalucía*, 7 de abril, núm. 11.
- Vidal, Rafael (2005), *Capitalismo (disciplinario) de redes y cultura (global) del miedo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- Virilio, Paul (1998), *Estética de la desaparición*, Barcelona, Anagrama.
- Whitaker, Reg (1999), *El fin de la privacidad. Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, Barcelona, Paidós.
- von Foerster, Heinz (1996), *Las semillas de la cibernetica. Obras escogidas*, Barcelona, Gedisa.
- Voruz, Véronique (2011), “Psicoanálisis y criminología: estrategias de resistencia”, en Ruiz Acero, Iván (comp.), *La sociedad de la vigilancia y sus criminales*, Madrid, Editorial Gredos, pp. 91-109.
- Wolf, Mauro (1991), *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*, Barcelona, Paidós.

Fecha de recepción: 16 de junio de 2013

Fecha de aceptación: 19 de setiembre de 2013